

de profundas observaciones. Y, sin embargo, no todo es aceptable —a pesar de su seriedad indudable—, como es, por ejemplo, el artículo sobre el «acto religioso», poco en consonancia con la experiencia real, que nos dice que hay hombres maduros y con indudable personalidad que no son religiosos, que no viven el acto religioso. Y esto habría que explorarlo mejor (como, por ejemplo, hace Rahner con el ateo, que no es ciertamente un hombre religioso, pero quizá sólo deja de serlo en forma aparente).

La «Introducción a la sociología de la religión», de J. Matthes (en dos tomos, editados por Alianza Editorial), es un libro básico. En el primer tomo pone a punto todo lo que hoy se sabe en esta materia, y complementa esto con una relación de textos de los mejores investigadores. Y en el segundo analiza muy concretamente la adscripción a una religión determinada, o sea, el tema de la Iglesia como estructura religiosa institucionalizada. El libro es casi exhaustivo y da una base completa del tema, que —por otro lado— es poco conocido en nuestro país. Es obra, por supuesto, para lectura muy reposada, por su gran erudición.

En cambio, otro libro complementario de todos los anteriores se lee con facilidad, a pesar de la multitud de datos y reflexiones que aporta, porque todos ellos son asequibles y de gran interés para el católico que quiera conocer la «Historia de la espiritualidad» (J. M. Moliner, C. D. Editorial Monte Carmelo, Burgos). Es un libro de moderados pero realistas juicios que resulta ejemplar, aunque creo que en una próxima edición debía desarrollarse más su excelente párrafo sobre «la historia del futuro», que es lo que tanto preocupa al católico actual, y dar más atención a la espiritualidad seglar a través de la historia, pues se centra el asunto demasiado en una espiritualidad de inspiración en las órdenes religiosas y en su influencia espiritual. Ciertamente es esta obra se despegue de ese ca-

mino más que otros libros, pero no lo bastante. Comprendo la amplitud que tiene un tema casi inédito como es éste, pero su investigación y exposición serían interesantísimas para la actual crisis religiosa de la espiritualidad de los seglares. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

Diálogos con Rossellini

Editorial Anagrama, que publica una colección de libros de cine —Cinemateca Anagrama— (en la que han



aparecido títulos tan interesantes como «El estudio», de John Gregory Dunne, descripción de los sistemas de trabajo en Hollywood a partir del rodaje de algunas películas de la Fox —un análisis en cierto modo semejante a la «Fábrica de sueños», de Ehrenburg, aunque menos crítico y más localizado en experiencias muy concretas—; «Conversaciones con Joseph Losey», de Tom Milne; «Hollywood, la casa encantada», de Paul Maysberg, recopilación de textos y entrevistas con montaje novelizado, desmitificador de la «dolce vita» hollywoodiense), edita, en sus «Cuadernos Anagrama», algunos títulos dedicados al cine, de gran interés.

Tras las discusiones Pasolini-Rohmer, el fundamental estudio de Gubern sobre la «caza de las brujas», el «Cabezas cortadas», de Rocha-Martínez Torres, y otros títulos ya conocidos por el

lector, se publica ahora un libro de Jos Oliver y José Luis Guarnier sobre el nuevo Rossellini (1) (es decir, sobre el Rossellini didáctico, volcado a sus experiencias televisivas, dedicado a ello, a filmar la crónica de la historia del hombre y su supervivencia, «pero la supervivencia —puntualiza Rossellini— en todos los sentidos, incluso la alimentación, la prolongación de la vida e incluso la inteligencia...»). «Con toda la pobreza de mis medios, yo utilizo a fondo lo que constituye mi privilegio: el privilegio de ser ignorante. Al ser ignorante y estar sediento de comprender —comprender, no aprender, sino comprender—, me nutro de muchas cosas, hago muchos descubrimientos que me entusiasman. Mi trabajo consiste simplemente en transmitir mi entusiasmo a los otros que hay en el mundo, supongo, más ignorantes que yo...». «Estamos gravemente enfermos de propaganda. Sócrates dice una frase admirable: "El mundo está lleno de opiniones y completamente desprovisto de conocimientos"». Creo que esto es muy importante, y yo en absoluto trato de crear opiniones. Si disponemos de conocimiento, todos los problemas se resolverán. Pero, desgraciadamente, no disponemos de conocimiento...».

El montaje de Oliver-Guarnier es apoloético. La entrevista de la ORTE, los textos de algunos de sus últimos guiones, la conversación con los estudiantes del Centro Sperimentale de Roma no ofrecen un Rossellini polémico, discutido y, por lo tanto, aprovechado. Los autores del libro son admiradores frenéticos del realizador italiano, y esto quizá haga limitado su trabajo. De cualquier manera, siendo Rossellini uno de los directores más curiosos e interesantes del momento, una amplia información sobre sus ideas y sistemas de trabajo, que es lo que fundamentalmente recoge el libro, tiene, sin duda, una notable importancia. ■ D. G.

(1) Diálogos casi socráticos con Rossellini. Montaje de Jos Oliver y José Luis Guarnier. «Cuadernos Anagrama», 1972.

CINE

Las diabólicas reposiciones españolas

Si bien es cierto que en este momento se proyecta también en París la película «Las diabólicas», no es lo menos que aquella reposición tiene un sentido muy diferente a la que en este momento se hace en España. El cine Champollion, de París, donde se presenta la película de Clouzot, está dedicado desde hace años a la reposición de títulos que, por cualquier razón, merecen la pena revisarse, y la proyección de «Las diabólicas» no viene entonces a cubrir el espacio que necesita otra película más reciente (la cartelera de París, como ya comentamos la semana pasada, está repleta de las últimas producciones de todo el mundo, salvo españolas, sirias, griegas y libanesas). En Madrid, sin embargo, donde la versión que se ofrece sigue sin ser integra



«Las diabólicas» (1956), de Clouzot.

a causa de la insólita traducción de los subtítulos en algunos momentos, «Las diabólicas» viene a constituirse no en una reposición filmoteca para estudio de eruditos, sino en hermana gemela de otras películas no menos actuales e im-

portantes que se proyectan en la localidad, es decir: «La violetera», «West Side Story», «Miguel Strogoff», «Ariane», «La noche», «Cancan», «Horizontes de grandeza», «Los Hermanos Marx en el Oeste», películas cuya fecha de realización hay que encontrarla en algo más de diez años atrás.

Si el cine es el espejo del alma habrá que suponer que España no ha conseguido superar todavía, en comparación con Europa, los años cincuenta. Sin olvidar, claro está, que bastantes de las películas importantes de esos años cincuenta, siguen prohibidas entre nosotros.

¡Qué desolación comparar la cartelera parisina con la madrileña! ¡Qué golpe mortal el de los aviones que, en un par de horas, te cambian de planeta sin comerlo ni beberlo! ¡Qué poca emoción produce en este caso vivir en un país que es como el pionero en la puesta a punto de los famosos viajes literarios de ciencia-ficción!

La reposición de «Las diabólicas» es, por lo tanto, una de las escasas soluciones que tienen los distribuidores españoles si no quieren cerrar sus negocios y dedicarse a profesiones diferentes. El éxito de una película en años anteriores puede parecer una buena garantía de éxito ahora. Y ahí están, pues, algunas de las películas que, en nuestra más tierna infancia, tuvimos ocasión de conocer. El cine no es ya un medio de comunicación, un exponente de la vida cultural de un país, sino una gigantesca aplicación de los «slogans» publicitarios de algunas cámaras fotográficas: «Con el cine, lo vivirá dos veces». «El cine le impide olvidar... Y, por supuesto, además, lo que el cine en este caso no impide olvidar son las enormes chorradas que ya tuvimos que padecer en su día.

Para colmo de tristezas, el lanzamiento publicitario de «Las diabólicas» hace hincapié en que —¡ahora!— se trata de la versión íntegra y que «la juventud moderna puede ver ahora, por primera vez, la obra maestra del cine de intriga y de horror, tan a la moda en las